

## LA CALUMNIA

**A** CIERTA el refranero español cuando sentencia: «Calumnia, que algo queda.»

Tengo un amigo, hoy popularísimo, que lleva tres años acusándome de algo que es totalmente falso. No he sido la causa, ni el motor de la expropiación de sus bienes. No tuve la menor intervención en el asunto. Aunque no me gusta ser categórico, en este caso lo soy: *nada* he tenido que ver con tal expropiación.

Hace ya treinta años viví un incidente profesional con un director general del Banco porque confundió mi habitual amabilidad con lo que creyó que era debilidad. A pesar de aquella experiencia y del obligado cese final, he preferido siempre correr el riesgo de que la delicadeza y la cortesía se interpreten erróneamente.

Ayer mi hermana me preguntó por teléfono desde Barcelona por mi supuesta intervención en el asunto. Le habían contado que un profesor de Derecho Constitucional —que explicaba en un Colegio Mayor universitario los problemas que plantean la expropiación— insinuó, en privado, que era posible que yo hubiera participado en aquella decisión. Calumnia, que algo queda, aunque sea una duda.

El día 27 del pasado mes de diciembre leí una crónica de Los Angeles. El gran titular rezaba: *Joan Collins desafía, desde hace años, a la familia real británica.* «Hace cuatro años —explica el resumen del artículo— decidió que ella era la inglesa más célebre del mundo, y esta decisión incluyó a las mujeres de la familia real británica. Desde ese momento, Joan Collins inventó las afrentas más increíbles contra la Reina ...» Ante esa lectura, reconozco que me sentí confortado. Me encuentro —salvando las distancias— en una situación análoga. Quizá, también en mi caso, sean gajes del oficio.

El lector avisado recordará que mi amigo mantiene la lucha en tres frentes distintos: los pleitos por la expropiación, el sumario judicial por los presuntos delitos, y la campaña personal en los medios de comunicación de masas.

Pues bien, cuando hace una semana salía del Juzgado camino de mi casa, la encargada principal de las relaciones de mi amigo con la Prensa se despidió de mí con un «¡ganaremos!» que todavía no he sabido interpretar. ¿Ganarán la expropiación, el sumario, o la campaña publicitaria? Cualquiera que me conozca sabe que me alegraré de que ganen la batalla de la expropiación y también el sumario. No podré alegrarme de que ganen la batalla de la propaganda porque, en lo que a mí se refiere, no está basada en la verdad.

Comprendo que es temerario hacer frente a la calumnia publicitaria. Esta respuesta mía a la campaña quizás equivalga a lanzar mi candidatura para «Tonto contemporáneo, 1986». Voy a reunir todas las condiciones para que me elijan los miembros del Jurado de la Tertulia del Alabarero. Por suerte, mi predecesor en el premio —para 1985— ha sido Luis Solana, a quien admiro por su talento desde hace años, por supuesto más de tres.

Con la experiencia y la madurez de los sesenta años, uno cree saber que a pocas personas se las convence con razones. Lo más seguro es que el lector tenga ya su prejuicio, su postura tomada, sus simpatías decididas, y que, por tanto, mis reflexiones en voz alta y mis afirmaciones no le hagan cambiar su actitud crédula, su receptividad a la larga campaña publicitaria. Pero nadie

podrá decir que esta vez no he sido claro, rotundo y tajante al negar la más mínima intervención en sus empresas, en la expropiación de las mismas, o en el reparto de sus dineros, ya sean los tan cacareados mil millones u otros miles. Que nadie olvide que se trata de hechos. Y los hechos no se discuten, se comprueban, y se prueban.

Por cierto, que vivir en el escándalo y provocarlo es muy mal síntoma.

La Real Academia, además de citar la frase «calumnia, que algo queda», la define como «acusación falsa, hecha maliciosamente para causar daño».

No me faltarán ni la paciencia ni el buen humor.

Luis VALLS TABERNER